



INSTITUTO DE ESTUDIOS IBÉRICOS
E IBEROAMERICANOS
UNIVERSIDAD DE VARSOVIA

ITINERARIOS

Revista de estudios lingüísticos, literarios,
históricos y antropológicos

Vol. 19

Varsovia 2014

SUMARIO

ARTÍCULOS

| | |
|--|-----|
| <i>JULIA MADAJCZAK</i> Los nobles nahuas: señores y vasallos. Un análisis filológico del término <i>pilotl</i> . . . | 9 |
| <i>ROBERTO MARTÍNEZ GONZÁLEZ</i> Más allá del alma: el enterramiento como destino de los muertos entre los antiguos nahuas y otros pueblos de tradición mesoamericana | 25 |
| <i>ALEJANDRO SHESEÑA</i> El papel de las cuevas en las guerras de los antiguos mayas | 53 |
| <i>EWA KUBIAK</i> La pintura de batalla en el Virreinato del Perú: <i>Victorias de Carlos V</i> en el Museo de la Casa de la Moneda en Potosí (Bolivia) | 75 |
| <i>TOMASZ KOŚCIŃSKI</i> La literatura vasca contemporánea: ¿una literatura minoritaria y periférica? . . . | 95 |
| <i>JUAN PASCUAL GAY</i> Sergio Pitól: el “sedimento autobiográfico” | 113 |
| <i>FERNANDO VIZCAÍNO</i> Octavio Paz frente a la autonomía indígena | 131 |
| <i>OSCAR MISAEL HERNÁNDEZ</i> Adolescentes mexicanos y construcción de identidades masculinas en la experiencia migratoria a Estados Unidos | 147 |
| NUESTROS AUTORES | 163 |
| NORMAS EDITORIALES | 165 |

ADOLESCENTES MEXICANOS Y CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES MASCULINAS EN LA EXPERIENCIA MIGRATORIA A ESTADOS UNIDOS

Resumen: El objetivo de este trabajo es explorar la construcción de identidades masculinas entre adolescentes mexicanos que han cruzado, de forma indocumentada, a Estados Unidos. Basándonos en observaciones y entrevistas realizadas a adolescentes que han sido repatriados por la frontera entre Matamoros, Tamaulipas y Brownsville, Texas, al noreste de México y sur de Texas, respectivamente, se exploran las experiencias migratorias de éstos. Por un lado, analizo las formas de socialización y emigración masculina que viven los adolescentes en sus comunidades de origen, por otro lado, la experiencia de viajar a la frontera y cruzarla de forma indocumentada, viviendo diferentes riesgos, y, finalmente, la repatriación que tuvieron por parte de agentes de la Patrulla Fronteriza. Tomando como punto de partida teórico que los adolescentes viven tanto un aprendizaje como una mística de la masculinidad, se plantea que la experiencia migratoria de México a Estados Unidos los somete a un proceso en el que refuerzan y redefinen significados sobre ser un hombre o llegar a serlo.

Palabras clave: adolescentes, migración, identidades, masculinidad, repatriación

Title: Mexican Teenagers and Construction of Male Identities in Migratory Experience to United States

Abstract: The aim of this paper is to explore the construction of masculine identities among Mexican teenagers who have crossed, illegally, to the United States. Based on observations and interviews with adolescents who have been repatriated by the border between Matamoros, Tamaulipas, and Brownsville, Texas, at northwest Mexico and southern Texas, respectively, these migratory experiences are explored. On the one hand, I analyze the forms of socialization and male migration that teenagers lived in their home communities, on the other hand the experience of traveling to and crossing the border without documents, living different risks, and finally the repatriation had by Border Patrol agents. On the theoretical starting point that teenagers are learning both as a mystic of masculinity, it suggests that the experience of migration from Mexico to the United States undergoes a process in which reinforce and redefine meanings about being a man or reach to be.

Keywords: teenagers, migration, identities, masculinity, repatriation

INTRODUCCIÓN

La migración indocumentada de adolescentes mexicanos a Estados Unidos, es un fenómeno que hace unos años cobró interés en las ciencias sociales. A este respecto, estudiosas del tema como Mancillas Bazán (2009) han planteado que ello se debió al hecho de que esta migración se considerase poco relevante, incluso insignificante, en tanto los adolescentes acompañaban a los adultos y no aportaban remesas.

Sin embargo, se trata de un fenómeno histórico que al menos en México se ha hecho visible desde la época de la revolución (Hernández Sánchez 2008); y, al igual que en la actualidad, muchos de los adolescentes han emigrado a los Estados Unidos por motivos de estudio, trabajo, o reunificación familiar, y de igual manera muchos de ellos han sido detenidos, interrogados y deportados por agentes de la Patrulla Fronteriza.

A pesar del cierre de fronteras, la migración indocumentada de adolescentes continúa, aunque con un decrecimiento significativo. Los datos oficiales muestran que mientras para el año 2000 más de 100.000 adolescentes fueron repatriados, esta cifra disminuyó en poco más del 40% para el año 2001 con los atentados terroristas del 9/11, y para el año 2010 en alrededor de un 80% (INAMI 2013).

Más allá de las cifras, la migración de adolescentes mexicanos a Estados Unidos constituye un fenómeno y tema importante para comprender estos flujos y sus dinámicas, en especial cuando en regiones de la frontera norte de México, como Tamaulipas, los migrantes mexicanos y centroamericanos han sido objeto de violencia, tanto física como simbólica (Izcara-Palacios 2012).

Si bien hace poco el tema ha adquirido interés académico, explorándose las historias migratorias, los procesos de repatriación y la aculturación de los adolescentes e incluso los jóvenes migrantes en Estados Unidos (Hernández Sánchez 2008, Silva Quiroz 2010, Valdés Gardea 2008 y 2011), poco se sabe cómo entre los adolescentes la experiencia migratoria construye, e incluso refuerza, sus identidades masculinas al viajar a Estados Unidos como indocumentados.

No en balde Hondagneu-Sotelo (2011) afirma que, dentro de los estudios sobre migración internacional, son pocos aquellos que exploran el género, pero que a pesar de ello puede discernirse la línea de investigación referente a la migración infantil. Para esta autora, esta línea es incipiente, sin embargo, ha dado luces sobre cómo el género moldea las experiencias de los menores que migran, o bien de los hijos o hijas de migrantes.

Para el caso específico de la relación entre masculinidad y migración internacional, solamente se cuenta con un estudio en el que se reflexionó si los estudios sobre el primer tema contribuían al fenómeno migratorio, así como a indagar posibles cambios en las relaciones de género construidas entre familias mexicanas migrantes a Estados Unidos (Vega Briones 2009). Sin embargo, más allá de esto, los adolescentes migrantes y las identidades masculinas no han sido objeto de estudio.

Por lo anterior, en este trabajo se abordarán los casos de algunos adolescentes mexicanos que han emigrado, de forma indocumentada, hacia ciudades de la costa este americana, pero que fueron detenidos por agentes de la Patrulla Fronteriza y repatriados

por la frontera entre Matamoros, Tamaulipas y Brownsville, Texas. Específicamente, se explorará la experiencia migratoria como un ritual para los adolescentes, el cual los somete a una serie de pruebas que responden a un modelo de masculinidad hegemónica.

Concretamente, se trata de los resultados preliminares de un estudio cualitativo que ha explorado las experiencias de los adolescentes migrantes, particularmente lo que autoras como Chávez y Menjívar (2010) denominan “los procesos de migración”, es decir, la iniciación, tránsito y llegada a Estados Unidos, a excepción de la adaptación en sí, dado que se trata de adolescentes que si bien cruzaron la frontera, fueron detenidos y repatriados por agentes de la Patrulla Fronteriza norteamericana.

Inicialmente, se presentarán algunos de los referentes teórico-metodológicos que guiaron el presente estudio, para posteriormente analizar e interpretar los testimonios de algunos adolescentes en torno a su experiencia migratoria de México hacia Estados Unidos, para finalmente plantear algunas conclusiones en torno al ritual migratorio como un proceso de construcción de identidades masculinas.

BASES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

Si bien en parte de la literatura sobre el tema existe un debate académico y jurídico en torno al término “menor” migrante (Castillejos Cifuentes 2011), aquí he optado por hablar de “adolescentes” migrantes por dos razones: primero, porque se tratan casos de varones de entre 14 y 17 años de edad; segundo, porque basándonos en algunos planteamientos (Dávila León 2004), se encuentran en esta etapa biopsicosocial.

En este sentido, los adolescentes atraviesan por una transición en su personalidad, lo que en parte explicaría tanto la decisión, como el arrojido de migrar de manera indocumentada para cruzar la frontera. Sin embargo, tal como afirmé en otro espacio (Hernández 2012), este hecho además constituye un ritual que, a pesar de los riesgos, construye o refuerza las identidades masculinas entre los adolescentes.

Desde esta perspectiva, no sólo se trata de la vivencia de una etapa biopsicosocial, sino también de influjos culturales que en los contextos locales y regionales definen lo que significa ser y formarse como un hombre o, en otras palabras, la construcción de identidades masculinas que, a fin de cuentas, remiten a un modelo de masculinidad hegemónica que prepondera en las sociedades.

Dicho modelo, en la perspectiva de Connell (1998), “no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes. Se trata más bien de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo de relaciones de género, posición que es siempre discutible”, en otras palabras, de ideologías culturalmente predominantes en torno a lo que significa ser y actuar como un hombre.

Ante este presupuesto teórico, podemos preguntarnos cuál es el modelo de masculinidad hegemónica que persiste no sólo en los contextos de origen de los adolescentes migrantes, pero también el que interiorizan a lo largo del viaje migratorio y que se traduce tanto en presiones sociales como en relaciones que construyen con otros adolescentes y adultos migrantes.

A lo largo de las narrativas de los adolescentes es posible captar lo anterior, pues para varios de ellos, originarios de comunidades y localidades rurales del centro y sur de México, la vida en “el rancho” es una vida en la que los hombres *deben* aprender a hacer trabajo rudo, pero ante las crisis económicas familiares, se sienten obligados a ir al otro lado, y durante el trayecto tienen que sacar fortaleza y mostrar resistencia a otros que también hacen el viaje, a pesar del cansancio y los riesgos.

Esta situación, por un lado, hace visible la prevalencia de un modelo de masculinidad hegemónica en contextos rurales donde viven y socializan los adolescentes, en otras palabras, de lo que hace más de dos décadas Askow y Ross (1991) denominaron un “aprendizaje de la masculinidad” a través de una visión dominante de comportamientos observados, así como de factores culturales que refuerzan el sentido de “lo varonil”.

Por otro lado, también se hace evidente cómo, al menos en el trayecto migratorio, los adolescentes refuerzan sus identidades de género al confrontar, y en gran medida interiorizar, una “mística de la masculinidad”, tal como lo ha afirmado Miedzian (1995), para quien en la vida social prevalece dicha mística y se constituye por valores como la dureza, el afán de dominio, la competitividad, entre otros.

En síntesis, el argumento central de este trabajo es que los adolescentes migrantes en cuestión construyen y refuerzan sus identidades masculinas tanto al vivir un aprendizaje de la masculinidad en sus lugares de origen, como al confrontar una mística de la masculinidad durante el viaje migratorio a la frontera norte e ingresar en Estados Unidos, formando parte una y otra de un modelo de masculinidad hegemónica.

Tales postulados teóricos se tomaron como referentes en el estudio del que deriva este trabajo, el cual desde el principio tuvo como objetivo explorar la construcción de identidades masculinas entre menores migrantes mexicanos repatriados, especialmente entre aquellos que han sido detenidos por la Patrulla Fronteriza en el sur de Texas y regresados a México por la frontera entre Matamoros y Brownsville, siendo ingresados en un Centro de Atención al Menor Fronterizo (CAMEF) de la ciudad mexicana.

El trabajo se sustenta en las entrevistas a poco más de dos decenas de adolescentes migrantes, quienes tenían entre 14 y 17 años de edad durante su estancia en el CAMEF, así como estudios de secundaria y bachillerato inconclusos. Todos ellos se caracterizaron por llegar a la frontera norte de Tamaulipas para intentar cruzar acompañados a ciudades del este de Estados Unidos, formando parte de una corriente migratoria del sur y centro de México (Jáuregui Díaz y Ávila Sánchez 2007).

Tal como se muestra más abajo, los adolescentes entrevistados provenían mayormente de estados del sur de México y del denominado Istmo de Tehuantepec, tales como Chiapas, Oaxaca y Guerrero; asimismo, de estados del occidente mexicano como Michoacán; y finalmente de entidades del centro del país como son el Estado de México y Puebla. Sin duda se trata de regiones que tienen una amplia tradición migratoria desde hace varias décadas, como han señalado algunos autores (Aquino Moreschi 2010).

De igual manera, cabe destacar que los adolescentes idealmente tenían como punto de destino en su mayoría ciudades de la costa este de Estados Unidos, principalmente del estado de Texas como Houston, Austin y San Antonio, otras más definidas y ubicadas en los estados de Carolina del Norte y Michigan, así como otras más no precisadas

por ellos durante las entrevistas tanto por desconocimiento de los nombres como por su propia reserva a nombrarlas por razones de confidencialidad.

Con los adolescentes migrantes repatriados por Matamoros-Brownsville, utilicé un guion de entrevista que permitió captar sus experiencias desde que iniciaron el viaje migratorio en sus lugares de origen, hasta que fueron detenidos y repatriados. Apropié la técnica del *relato de vida* para reconstruir sus relatos migratorios, el cual, basado en Bertaux (2005: 36), es una forma narrativa que inicia “desde el momento en que un sujeto cuenta a otra persona, investigador o no, un episodio cualquiera de su experiencia vivida”, destacándose significados y referentes.

El relato de vida, entonces, me fue útil como recurso para reconstruir *sólo algunas* de las experiencias de los adolescentes migrantes repatriados, pues como hace tiempo aclaró Durand en un trabajo similar, “Se trata de reconstruir la historia migratoria, que no de vida [...]” (1996: 13). En este sentido, dicha estrategia metodológica es viable para acercarse a la migración indocumentada de menores.

La forma en que abordé los relatos migratorios de los adolescentes en cuestión, intenta abarcar las funciones que tiene el relato de vida en sí: una exploratoria, otra analítica y una más expresiva (Bertaux 2001), es decir, adentrarse en un campo de estudio a partir de narrativas experienciales, hacer un análisis de significados y referentes estructurales, y socializar los hallazgos.

Claro que, como señala Bertaux (2001), un relato siempre será utilizado, leído y contextualizado de formas diferentes. No se trata de una excusa, sino más bien de una precisión para comprender que, al menos en esta fase, el análisis y la reflexión de los relatos de los adolescentes intentan desentrañar algunos indicios –mas no pruebas– de los traslapes entre migración e identidades masculinas.

SOCIALIZACIÓN Y MIGRACIÓN MASCULINA

Dado que la masculinidad hegemónica es un modelo que ocupa una posición dominante en las relaciones de género (Connell 1998), y no simplemente un tipo de personalidad, entonces es necesario captar cómo se construyen dichas relaciones a través de la socialización, especialmente aquella que aprenden los adolescentes tanto en su contexto familiar como comunitario de origen.

Como ya se dijo, los adolescentes migrantes entrevistados provenían de estados del sur y centro de México, particularmente de contextos rurales donde la socialización que vivieron se caracterizó por tres cosas: por un lado, por interactuar mayormente con varones, ya fueran sus padres, parientes o amigos; por otro, por vivir desde temprana edad el trabajo rudo en el campo, concretamente en actividades agrícolas o ganaderas; y por último, por tener vínculos con varones migrantes.

Tales formas de socialización están íntimamente relacionadas. Por un lado, al preguntárseles con quiénes convivían más en sus comunidades de origen, gran parte de ellos comentaron que eran sus padres y hermanos. Aunque no negaron vínculos con sus madres y, de tenerlas, con hermanas, enfatizaron más aquellas con los primeros, ya fuera

en actividades lúdicas, de convivencia familiar o primeras experiencias en el trabajo. Al respecto, Carlos, de 14 años, comentaba:

Allá en el ejido de donde soy casi siempre me pegaba con mi papá, lo acompañaba en la milpa, o con los animales, o cuando iba de salida ¿no?, porque estar en la casa no me gustaba, aunque luego con él tampoco porque me ponía a chambear, pero la pasaba bien. En casa no me gustaba porque como tengo hermanas que me siguen de edad, y mi hermano es el más chiquito, pues casi no, luego qué hacía en la casa.

La narrativa anterior, al menos en parte, muestra lo que en otro espacio Gutmann (2001) ha denominado “homosocialidad masculina”, es decir, interacciones propiamente entre varones que, por supuesto, tienen como resultado la interiorización y reproducción tanto de ideologías como de prácticas de género supuestamente de varones; ya se trate de imágenes sobre la supuesta autoridad o representación de los hombres de su familia, la proveniencia de ésta, o la autoridad sobre la misma.

Podría suponerse, entonces, que, al menos en parte, la socialización de los adolescentes con sus padres es el inicio de la construcción de sus identidades de género, lo que por otro lado contradice algunas teorías psicológicas en torno al distanciamiento que marcan éstos con sus padres, en especial con el hombre, al considerarlo una autoridad impositiva que los limita, además del hecho de encontrarse en una etapa de formación de su personalidad (Horrocks 1984).

Otros adolescentes también remarcaron la socialización que tuvieron al lado de sus padres varones, incluso con figuras que apropiaron como sus padres sin que éstos lo fueran, especialmente en el ámbito laboral. Sin embargo, el trasfondo de todo esto deja entrever las formas en que las relaciones primarias que construyeron los adolescentes en sus comunidades de origen tuvieron un impacto significativo en la conformación primaria de su identidad como varones.

Cuando estaba en el rancho siempre me iba con mi papá a la parcela, al principio no me gustaba pero él me decía que tenía que irme, que así iba a aprender a trabajar, “qué te quedas en la casa”, me decía, “aquí nomás se quedan las mujeres”. Entonces me iba con él a fuerza, pero ya después me empezó a gustar porque aprendí el trabajo duro, en el campo, y luego hasta como que te da gusto saber, que no te cuenten otros muchachos. (Josué, 15 años)

En la casa pues las cosas no estaban bien. Nosotros nos dedicábamos a ordeñar, yo me iba con mi papá y ordeñábamos las vacas de mi abuelo, de ahí sacábamos para comer, pero luego no se vendía mucho la leche, y empezó a faltar el dinero. Entonces el señor que nos compraba la leche me invitó a irme a trabajar con él en otro pueblo, y me fui. Para mí fue como mi papá, porque me enseñó a trabajar en otras cosas, me pagaba, se preocupaba por mí, hasta fue él quien me ayudó para juntar el dinero y venirme al otro lado. (Federico, 16 años)

Tal como se muestra en los testimonios anteriores, la figura paterna fue crucial en la socialización de los adolescentes. La imagen paterna les fue útil para interiorizar lo que en otros espacios Olavarría (2001) denomina “mandatos de la masculinidad”, es-

pecíficamente el relacionado con la idea de que son los hombres los que deben trabajar, es decir, ellos y no las mujeres, se deben al trabajo en tanto formación para ser futuros proveedores económicos de la familia de procreación.

Los padres y el trabajo, entonces, fueron dos elementos culturales importantes en la socialización de los adolescentes en sus comunidades de origen. Es decir, por un lado, inyectaron la idea de que los hombres deben estar de lado de su padre, y no de su madre, para aprender a trabajar. No obstante, estos dos elementos se compaginaron con un tercero, a decir, el vínculo de los adolescentes con otros varones que ya habían migrado a Estados Unidos, o bien que pensaban hacerlo.

Para algunos adolescentes, la idea de migrar no sólo emergió desde el momento en que fueron testigos y protagonistas de las carencias económicas que vivían sus familias, sino que también vino a reforzarse al conocer las historias de algunos parientes que ya habían estado como inmigrantes indocumentados en Estados Unidos, lo que vino a incentivarlos aún más a buscar opciones laborales en el país del norte, contando previamente con el consentimiento de sus padres, tal como narra Pedro, de 16 años, oriundo de una comunidad rural del sureste mexicano:

Yo escuché al primo de mi papá, que una vez se fue pa'l otro lado y que allá hizo un dinero y luego se vino. Él tenía una camionetita que compró con lo que ganó allá y la usaba para vender cosas. Yo decía: quiero también irme pa'l otro lado, para juntar dólares y luego venirme y comprar una camioneta y así trabajar y ayudarles a mis papás, ¿ves? Entonces yo le preguntaba a él: ¿y es difícil cruzar pa'l otro lado?, y él me decía, sí, es difícil, pero se puede cruzar si se tienen contactos y se junta un dinero para pagar. Entonces como que me fui animando con eso.

Otros como Luis, de 14 años, proveniente de un ejido del Istmo de Tehuantepec, en la mixteca mexicana, fueron animados por algunos amigos con los que se juntaba por las tardes. Según Luis, sus amigos, que eran un poco mayores que él, le decían que tenían pensado irse a los Estados Unidos porque allá se podían ganar dólares y les rendiría más. Comenzaron a animar a Luis para que los acompañara hasta que éste se animó, entonces les dijo a sus padres y éstos, a pesar de su resistencia, finalmente accedieron:

Mis amigos del ejido me decían: hombre, mira, nos podemos ir, juntamos antes un dinero, y un conocido de un camarada cruza gente pa'llá, nomás le pagamos y listo. Entonces a mí me animó eso, porque decía: pues si me voy con ellos voy más seguro, con más confianza, ya entre varios pues no se hace pesado el viaje y si Dios quiere pues cruzamos y nos ponemos a trabajar. Esa idea me cruzó la mente y pues a ganar dólares y a ahorrar lo que se pudiera para luego regresar acá. Y así lo pensé y les dije a mis jefes, pero no querían al principio, luego ya me dicen: pues como tú quieras, ya sabes lo que haces, y así fue que me vine con aquellos pero no hubo suerte.

Los vínculos de adolescentes y jóvenes, de ambos sexos, con otras personas que ya han tenido experiencia en emigrar a Estados Unidos, o bien que intentan hacerlo, ya ha sido documentado para el caso de comunidades rurales del centro-occidente

y sureste de México, a la vez que planteado que ello y la emigración propician la redefinición de identidades de género (Mummert y Ramírez Carrillo 1998).

Tal situación sin duda habla de las redes sociales que los menores construyen en sus comunidades de origen previo a la migración y al planear la misma, aunque, por otro lado, también evidencia que dichas redes constituyen otra forma de socialización masculina que los prepara para empezar su viaje a Estados Unidos de forma indocumentada, aunque como más adelante se verá, el inicio del viaje para llegar y cruzar la frontera los somete a un ritual de riesgos que ponen a prueba su masculinidad.

SER HOMBRE Y DECIDIR CRUZAR LA FRONTERA

En la experiencia de los adolescentes entrevistados, la decisión de emigrar de forma indocumentada a Estados Unidos constituyó un ritual en el que, retomando la noción de Miedzian (1995), vivieron una “mística de la masculinidad” caracterizada por una serie de valores que llegaron a construir e incluso reforzar sus identidades masculinas durante el trayecto de sus hogares a la frontera.

En general, se trata del mismo modelo de masculinidad hegemónica que se posiciona como un modelo predominante en las relaciones de género, en particular aquellas que tejen los hombres con las mujeres, pero también entre los propios hombres. En particular, este ritual migratorio “obliga” a los adolescentes a insertarse en una dinámica de valor o “aguante” como reto contra sí mismos y contra otros.

Jorge, de 14 años, al preguntársele si sintió miedo o alguna otra emoción cuando decidió emigrar y especialmente cruzar la frontera, expresó: “Pues sí, miedo de que me fueran a agarrar y eso, pero nada más”. Al menos inicialmente, en su discurso Jorge no demostró miedo. Sin embargo, más adelante dio indicios de ello, aunque ahora mezclado con expresiones de dureza masculina.

Él narró cómo fue que, junto con otros adolescentes y adultos migrantes, quienes también cruzarían la frontera entre Tamaulipas y Texas, caminaron unas horas por la madrugada, dado que la noche anterior, durante la cual estuvieron en una “casa de seguridad”, fueron por ellos un “coyote” y un “guía” para cruzar la frontera. Después de caminar llegaron a un lugar donde se escondieron y durmieron durante el día, y al llegar la noche nuevamente caminaron.

Para Jorge, esta experiencia inicialmente se le hizo emocionante, pues era la primera vez que cruzaba la frontera. Aunque iba acompañado de algunos amigos y primos, también reconoció que sintió algo de temor porque había escuchado las historias de otros migrantes que habían sido asaltados, secuestrados e incluso asesinados por grupos del crimen organizado; al mismo tiempo, sintió desconfianza del “coyote” y del “guía” que los acompañaban porque se veían “raros”.

Enseguida, el grupo con el que Jorge viajaba emprendió de nuevo la caminata, esta vez llegaron a una arbolada donde les dijeron que esperarían unos coches que llegarían por ellos para distribuirlos. Sin embargo, inesperadamente llegaron agentes de la Patrulla Fronteriza. Todos corrieron, Jorge intentó mostrarse “fuerte porque no había que

asustarse para correr más rápido que todos, que la migra, aunque sí me dio algo de miedo verlos”. Pero aun así fueron alcanzados y detenidos.

Relatos como el de Jorge coinciden con el de la mayoría de los adolescentes migrantes entrevistados, pues se trató de experiencias similares en tanto el recorrido migratorio tuvo la misma trayectoria por la frontera norte de Tamaulipas y sureste de Texas, se contrataron “coyotes” y/o “guías” pero, sobre todo, porque los adolescentes experimentaron emociones un tanto desconcertantes.

Más allá de lo anterior, en el relato de Jorge, así como en el de los otros adolescentes, se encuentran algunos discursos que hablan de cómo los adolescentes construyeron o reafirmaron una mística de la masculinidad en su experiencia migratoria: 1) los hombres deben tener valor para enfrentar riesgos, 2) los hombres deben aguantar jornadas físicas agotadoras, 3) los hombres no deben mostrar miedo pero, de ser así, tienen que intentar ocultarlo, y 4) los hombres deben reconocer el poder de otros hombres.

En gran medida, los relatos y experiencias de los adolescentes al cruzar la frontera México-Estados Unidos revelan que este proceso es más que la trasgresión de políticas internacionales y leyes nacionales, también evidencian la dimensión subjetiva del proceso que viven los adolescentes y, en este caso, remite a la dureza como un valor masculino que se pone a prueba y al mismo tiempo temple las identidades de género.

Sin duda, como ha planteado Connell (1995), en algunas sociedades y culturas la dureza es una parte crucial que define la masculinidad a través de normas, especialmente normas culturales que operan tanto individual como colectivamente; al final, se trata de un modelo hegemónico que postula que los hombres supuestamente deben carecer de emociones consideradas como “femeninas” y, por el contrario, deben ser duros, fuertes, como recurso para legitimar su poder contra las mujeres, pero también entre ellos mismos al competir en diferentes campos.

Claramente, cruzar la frontera de forma indocumentada para los adolescentes constituyó una experiencia en la que la dureza masculina se puso a prueba y salió a flote. El valor, la resistencia y la osadía fueron parte de los elementos de dicha dureza, la cual demostraron ante otros hombres –adolescentes y adultos migrantes, coyotes, guías– y mujeres-migrantes, pero no así ante hombres de mayor poder y autoridad, como son los agentes de la Patrulla Fronteriza.

Como al principio se dijo, algunos estudios sobre migración de menores han postulado que al emigrar los varones viven un «rito de paso» que legitima su hombría ante otros hombres y ante las mujeres (Keijzer y Rodríguez 2007). Se trata, entonces, de una prueba que evidencia que los menores se han convertido en hombres al enfrentar y confrontar los riesgos que conlleva migrar como indocumentados.

Entre los menores migrantes repatriados por la frontera Matamoros-Brownsville, dicho rito de paso reforzó un modelo de masculinidad hegemónica o tradicional, ya fuera al tratar de ser reconocidos como hombres trabajadores y proveedores o al demostrar falta de empatía y dureza, pero, por otro lado, también reforzó la competencia masculina a pesar de la frustración migratoria. Pedro, de 16 años, comenta al respecto:

Quando cruzamos iba con un amigo y con un primo, ellos me echaban carrilla de que tenía miedo y eso, pero n’hombre. Yo nomás corría y a veces los dejaba atrás,

o cuando era de noche yo dormía a ratitos y veía que ellos estaban tendidos. Ya cuando amanecía pues a caminar de nuevo y se atrasaban, decían: ¡N' hombre!, ¡que vas rápido!, y yo nomás me reía y los dejaba atrás.

La competencia, en esta situación narrada por Pedro, se daba entre pares del menor. Se trataba de una prueba de valor y resistencia en la que todos competían para demostrar quién no tenía miedo y quién resistía más la jornada del viaje. Sin duda, la competencia instaba a poner en evidencia la hombría para enfrentar los retos y peligros que se viven al estar del otro lado de la frontera.

Otros, como Ireneo, de 17 años, recordaba: “Cuando estábamos en la casa a la que llegamos, pues nos daban poca comida, y había que ponerse listos para agarrar lo más que se pudiera, porque luego otros se abalanzaban en ganar más, como éramos varios”. Es decir, la competencia se daba también por los recursos para subsistir durante la espera a ser trasladados.

Algunos autores como Valdés y Olavarría (1997), han puntualizado que la competencia es quizá uno de los elementos centrales en la conformación de las identidades masculinas, particularmente porque pone de relieve entre los hombres otros recursos como son la dureza y el dominio. En este caso, los adolescentes migrantes desplegaron éstos como parte de una prueba de iniciación masculina, la cual, como se deduce, hipotéticamente concluyó al ser detenidos y repatriados por agentes de la Patrulla Fronteriza, aunque ello significó vivir otra experiencia de redefinición de las identidades masculinas, como enseguida se describirá.

REPATRIACIÓN, NACIONALISMO Y MASCULINIDAD

Los inmigrantes mexicanos ilegales en Estados Unidos se enfrentan a dos situaciones: una, ser encontrados y deportados por los agentes migratorios, o bien, si ya residen en territorio americano, de manera voluntaria pueden entrar en un Programa de Repatriación Humana iniciado en el año 2007, el cual se basa en acuerdos diplomáticos entre los gobiernos de México y Estados Unidos en torno a la repatriación segura de connacionales (López Álvarez 2010: 6).

Los adolescentes migrantes entrevistados no estuvieron sujetos al programa descrito. Estos, al ser encontrados, detenidos y registrados por la U. S. Border Patrol, vivieron el proceso de repatriación obligada a México. Las autoridades migratorias estadounidenses los remitieron al Consulado Mexicano situado en la ciudad de Brownsville, Texas.

Dicho Consulado tiene, entre otras funciones, la de asistencia a connacionales en el proceso de deportación a través del denominado Departamento de Protección, presenciando operativos de entrega-recepción de migrantes mexicanos adultos y abogando por la protección de menores de edad con autoridades del Departamento de Seguridad Interna (DHS, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos (ConsuLabor 2012).

Es el Consulado Mexicano en Brownsville a donde las autoridades migratorias estadounidenses remitieron a los adolescentes migrantes y éste, posteriormente, los entre-

gó a oficiales del Instituto Nacional de Migración (INM). Este momento fue importante en la experiencia migratoria de los adolescentes, pues no sólo se trató del inicio de la repatriación al país, sino también de un proceso en el que para ser repatriados fueron cuestionados como mexicanos y como hombres.

Según las autoridades consulares mexicanas, es prioritario velar por la repatriación de los adolescentes migrantes al ser concebidos como un grupo vulnerable, pero previamente verifican si son mexicanos o no, es decir, los consulados constituyen un espacio en el extranjero donde la identidad nacional, en tanto “una característica que comparten los ciudadanos de un Estado-nación” (Cappello García 2011: 24), es un tema sumamente relevante.

A decir de los adolescentes migrantes, en el Consulado fueron cuestionados sobre su “mexicanidad”, pidiéndoles evidencias (documentos) o bien poniendo a prueba su palabra. Al sospechar que algunos mentían, utilizaron una serie de simbolismos nacionales cuyo significado preguntaban a los menores. Juan, de 17 años, comentaba que cuando “la migra” lo mandó al Consulado, ahí comenzaron a preguntarle si sabía cuáles eran los colores de la bandera mexicana y cuántas águilas tenía.

El caso descrito ejemplifica cómo las autoridades consulares iniciaron el proceso de repatriación de los adolescentes migrantes y la verificación que hicieron de quiénes eran mexicanos, pero, por otro lado, llama la atención que, al recurrir a simbolismos de identidad nacional, también hacían alusión a simbolismos de identidad de género entre los menores. La narrativa de Luis, de 16 años, ilustra esta situación:

Me preguntaron que si era mexicano, y les dije que pues que sí. Como que no me creían, porque no traía papeles, entonces el señor de ahí del consulado me dice: a ver si es cierto, ¿cómo se llama el Presidente de México?, no pues ya le digo que Felipe, ¿pero Felipe qué?, le digo: pues no me acuerdo. Y no, pues no me creía, luego me dice: empieza a cantar el Himno nacional, y ya empecé, pero se me olvidaban algunas cosas y ya me dice: está bien, te creo.

Como ha afirmado Martín-Estudillo (2007), nacionalismo y masculinidad se intersectan en una variedad de discursos. Al respecto, que un funcionario consular haya preguntado a un adolescente migrante sobre el Presidente de México y el Himno Nacional, alude al re-conocimiento de la identidad nacional a la vez que de la identidad de género, en tanto el primero representa la hegemonía masculina del poder político y el segundo el supuesto valor y honor de los hombres mexicanos.

Parecería que la interpretación es endeble, no obstante, cuando comparamos las experiencias narradas por los adolescentes migrantes ante los cuestionamientos de las autoridades consulares se encuentra mayor sustento, tal como se evidencia en el testimonio de Manuel, de 14 años, quien sin saberlo se enfrentó a un dilema entre nacionalismo y construcción simbólica de la masculinidad:

Decía que me iba a mandar para Guatemala y le dije que por qué si yo era mexicano y me empezó a preguntar que qué era un machete, que qué era esto y lo otro. Le digo: machete es para cortar cosas, y entonces me empezó a preguntar otra cosa, y otra

cosa, y te vamos a investigar, y si eres de Guatemala, me dijo, te vamos a mandar para Oaxaca y allá vas a estar más perdido. Le dije: pues mándenme para Oaxaca porque yo soy de allá. Y dice: tú no eres de allá. Y ahí estaba con sus cosas, decía que me iba a investigar y no sé qué.

Evidentemente, las autoridades consulares mexicanas dudaban de la nacionalidad de Manuel. Si bien la cuestionaron al igual que a Luis, lo hicieron con base en simbolismos nacionales supuestamente masculinos: el machete es una herramienta utilizada principalmente por varones del campo en actividades laborales rudas, por lo tanto, un objeto masculinizado. Se trata entonces de diferentes estrategias que utilizan en los consulados para constatar la identidad nacional basándose en diferencias de género.

Después de que los adolescentes fueron cuestionados en el Consulado mexicano situado en Brownsville, las autoridades procedieron a entregarlos a oficiales del Instituto Nacional de Migración en México a mitad del puente internacional. Se trató de un acto protocolario, o un ritual formal si se prefiere, en el que la frontera marca no sólo diferencias territoriales, sino también diferencias de nacionalismo y masculinidad.

Por un lado, se marcan diferencias de nacionalismo porque en México se separa a los adolescentes que son del país de los que son de Centroamérica. Los oficiales de migración se ajustan al capítulo 36 de la *Ley de Migración*, el cual estipula que “Los mexicanos no podrán ser privados del derecho a ingresar a territorio nacional”. Sin embargo, deben acreditar o comprobar su nacionalidad con algún documento oficial.

Aunque parezca sorprendente, algunos adolescentes sí demostraron su nacionalidad mexicana porque portaban copia del acta de nacimiento o de la Clave Única de Registro de Población (CURP). Otros que no lo hicieron, fueron rastreados en una página de internet sobre consultas del CURP y con ello identificados como mexicanos; de lo contrario, fueron cuestionados con preguntas sobre historia y cultura nacional.

Por otro lado, también se marcaron diferencias de masculinidad porque, si bien los menores permanecieron poco tiempo en la denominada “Jefatura de Repatriación” del Instituto Nacional de Migración, la hombría de los adolescentes fue cuestionada por algunos oficiales migratorios o bien entre ellos mismos, por el hecho de no haber soporado el viaje o por haber tenido miedo. Carlos, de 16 años, comentaba:

Pues ya llegamos, nos trajeron acá a México y migración nos empezó a preguntar datos, de que el nombre, que si éramos de aquí, que con quién veníamos, donde vivíamos, así. Luego ya ahí esperando y nos dicen: en un rato los llevamos a otro lado, pero luego ahí comenzaron a decir: ¡Y que te agarraron porque no aguantaste, que tuviste miedo!, no cuál miedo, no que sí, decían otros chavos, pero así. Los de migración nomás se reían y ya luego nos dicen: no, que ya nos vamos al albergue.

Como se pudo observar, de forma simbólica la repatriación de los adolescentes mexicanos implica cuestionamientos que articulan el nacionalismo y la masculinidad; ya sea que se ponga en duda la mexicanidad o a prueba el conocimiento de utensilios supuestamente mexicanos y de mayor uso por parte de los varones, la repatriación constituye un ritual donde se traslapa el ser migrante, mexicano y hombre.

CONCLUSIONES

Si bien la migración indocumentada de menores mexicanos a Estados Unidos es un fenómeno histórico (Hernández Sánchez 2008), hasta hace poco ha sido considerada como un tema de interés para los estudiosos del país (Mancillas Bazán 2009), pues antaño se pensaba que era más relevante el análisis de la migración de adultos por las rutas y riesgos vividos hasta la frontera norte y las remesas enviadas a sus lugares de origen.

Los análisis sobre el tema van desde el procedimiento institucional que se sigue en el caso de los llamados niños, niñas y adolescentes migrantes (Gallo Campos 2004), los sistemas y violación de los derechos humanos de la niñez migrante (Ramírez Romero *et. al.* 2009 y Paris Pombo 2010), hasta mapeos del proceso migratorio que viven menores tanto mexicanos como centroamericanos (Chávez y Menjívar 2009).

No obstante, como ha afirmado Hondagneu-Sotelo en una revisión de estudios sobre “migración infantil”, éstos son incipientes y mucho más aquellos que han analizado las dinámicas de género tanto de “los niños que se quedan” en México como de los que emprenden el viaje migratorio o de los que trabajan en Estados Unidos (2011: 227). Por ello, son necesarias las investigaciones que indaguen este tema haciendo diferenciaciones culturales.

Aunque reducidos, los estudios sobre la materia han hecho contribuciones relevantes. Sin embargo, la migración indocumentada de menores mexicanos ha sido vista como un fenómeno, además de insignificante, homogéneo, sin distinciones por género o edades. En parte, ello se debe al hecho de que, al igual que en la migración transnacional de adultos mexicanos, en la de menores predominan más los niños que las niñas, en especial no acompañados.

El estudio de las experiencias de algunos adolescentes migrantes mexicanos, que han sido repatriados de Estados Unidos, además de una riqueza metodológica al usar el relato de vida como técnica (Bertaux 2005), también contribuye al conocimiento de sus experiencias como actores sociales que producen significados (Ariza y Velasco 2012), a la vez que están inmersos en un proceso estructural caracterizado por crisis socioeconómicas y políticas en México que los orillan a migrar.

No obstante, las crisis no son las únicas que los orillan a migrar a Estados Unidos. Como se pudo evidenciar, al menos en comunidades rurales de México donde viven los adolescentes entrevistados, predomina un modelo de masculinidad hegemónica que es interiorizado de diferentes formas, especialmente al tener al lado la idea de la figura paterna y del trabajo como propio de los varones; es decir, se trata de un aprendizaje de la masculinidad (Askew y Ross 1991) que experimentan los adolescentes al observar diferentes expresiones culturales locales de lo varonil.

Además, el estudio del caso presentado también pone al descubierto las múltiples formas en que la migración indocumentada de los adolescentes a Estados Unidos, constituye un ritual en el que son construidas, incluso redefinidas, sus identidades masculinas al someterse a una serie de “mandatos masculinos” (Olavarría 2001) que ponen a prueba su propia hombría, no sólo hacia ellos mismos, sino también con relación a otros adolescentes y adultos que migran.

De esta forma, el trayecto migratorio viene a constituirse en la experiencia de los adolescentes como una forma de reforzar sus identidades masculinas, al confrontar a la vez que asimilar una mística de la masculinidad (Miedzian 1995) matizada en valores culturales como la competencia, el afán de dominio e incluso la supervivencia al interactuar entre sí, sortear una serie de riesgos, tanto antes como después de cruzar la frontera México-Estados Unidos, e incluso al ponerse a prueba su nacionalismo y enfrentarse a autoridades migratorias norteamericanas que los repatrían.

BIBLIOGRAFIA

- AQUINO MORESCHI, Alejandra (2010) “Migrantes chiapanecos en Estados Unidos: los nuevos nómadas laborales”. *Migraciones Internacionales*. 5 (4): 39-68.
- ARIZA, Marina; DE OLIVEIRA, Orlandina (2001) “Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición”. *Papeles de Población*. 28: 9-39.
- ASKEW, Sue; ROSS, Carol (1991) *Los chicos no lloran. El sexismo en educación*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- BERTAUX, Daniel (2005) *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona, Edicions Bellaterra.
- CAPELLO GARCÍA, Héctor Manuel (2011) “Introducción”. En: H. M. Capello García, M. Reinos Saucedo (coords.) *La identidad nacional. Sus fuentes plurales de construcción*. México, Universidad Autónoma de Tamaulipas – Plaza y Valdés.
- CASTILLEJOS CIFUENTES, Daniel A. (2011) “Análisis constitucional sobre el uso del término menor, y los de niños, niñas y adolescentes”. [En línea:] <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/7/3011/10.pdf> [29.04.2013].
- CHÁVEZ, Lilian; MENJIVAR, Cecilia (2010) “Children without Border: A Mapping of Literature on Unaccompanied Migrant Children to the United States”. *Migraciones Internacionales*. 5 (3): 71-111.
- CONNELL, Robert W. (2003) *Masculinidades*. México, El Colegio de México-Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.
- CONSULABOR. *Protección a menores*. [En línea:] <http://consulmex.sre.gob.mx/brownsville/index.php/consulabor> [15.05.2012].
- DÁVILA LEÓN, Óscar (2004) “Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes”. *Última Década*. 21: 83-104.
- DURAND, Jorge (coord.) (1996) *El norte es como el mar. Entrevistas a trabajadores migrantes en Estados Unidos*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara – Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
- GALLO CAMPOS, Karla (2004) *Niñez migrante en la frontera norte. Legislación y procesos*. México, DIF Nacional – UNICEF México.
- GUTMANN, Matthew C. (2001) “Introducción”. En: M. Viveros, J. Olavarría y N. Fuller (coords.), *Hombres e identidades de género. Aportes desde América Latina*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, María Eugenia (2008) *Niños deportados en la frontera Ciudad Juárez*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- HERNÁNDEZ, Oscar Misael (2012) “Los chavos migrantes, riesgos y masculinidad”. *Milenio*, 14.04.
- HONDAGNEU-SOTELO, Pierrette (2011) “Gender and Migration Scholarship: An Overview from a 21st Century Perspective”. *Migraciones Internacionales*. 6(1): 219-233.
- HORROCKS, John E. (1984) *Theories of Adolescence/Teorías de la adolescencia*. México, Trillas.
- INAMI (2013) “Repatriación de menores mexicanos, por sexo, desde Estados Unidos, 1998-2013”. *Series históricas y Boletines*.
- IZCARA-PALACIOS, Simón Pedro (2012) “Violencia contra inmigrantes en Tamaulipas”. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*. 93: 3-24.
- JÁUREGUI-DÍAZ, José Alfredo; ÁVILA SÁNCHEZ, María de Jesús (2007) “Estados Unidos, lugar de destino para los migrantes chiapanecos”. *Migraciones Internacionales*. 4(1): 5-38.
- KEJIZER, Benno de; RODRÍGUEZ, Gabriela (2007) “Hombres rurales: nueva generación en un mundo cambiante”. En: A. Amuchástegui, I. Szasz (coords.) *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México, El Colegio de México.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, María Luisa (2010) *Diagnóstico de atención a mujeres migrantes repatriadas. Garita del INM en Nogales, Sonora*. México, Instituto Sonorense de la Mujer.
- MANCILLAS BAZÁN, Celia (2009) “Migración de menores mexicanos a Estados Unidos”. En: P. Leite, S. E. Giorguli (coords.) *El estado de la migración. Las políticas públicas ante los retos de la migración mexicana a Estados Unidos*. México, Consejo Nacional de Población.
- MARTÍN-ESTUDILLO, L. (2007) “El hacha en la sangre. Nacionalismo y masculinidad en Vacas, de Julio Medem”. *Journal of Spanish Cultural Studies*. 8(3): 341-355.
- MIEDZIAN, Myriam (1995) *Chicos son, hombres serán. ¿Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia?* Madrid, horas y HORAS.
- MUMMERT, Gail; RAMÍREZ CARRILLO, Luis (1998) *Rehaciendo las diferencias: identidades de género en Michoacán y Yucatán*. México, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de Yucatán.
- OLAVARRÍA, José (2001) “Invisibilidad y poder: Varones de Santiago de Chile”. En: M. Viveros, J. Olavarría y N. Fuller (coords.) *Hombres e identidades de género. Aportes desde América Latina*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- PARIS POMBO, María Dolores (2010) “Procesos de repatriación. Experiencias de las personas devueltas a México por las autoridades estadounidenses”. Documento de trabajo, México, Woodrow Wilson International Center for Scholars Mexico Institute – El Colegio de la Frontera Norte.
- RAMÍREZ ROMERO, San Juana (et al.) (2009) *Más allá de la frontera, la niñez migrante: son las niñas y niños de todos. Estudio exploratorio sobre la protección de la niñez migrante repatriada en la frontera norte*. México, Secretaría de Desarrollo Social-Instituto Nacional de Desarrollo Social-Caminos Posibles S. C.

- SILVA QUIROZ, Yolanda (2010) "Niñez migrante retornada: migración en un contexto de riesgos (Nogales, Tijuana y Cd. Juárez)". Tesis de Maestría en Demografía, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- VALDÉZ GARDEA, Gloria Ciria (coord.) (2008) *Achicando futuros. Actores y lugares de la migración*. México, El Colegio de Sonora.
- (2011) *La antropología de la migración. Niños y jóvenes migrantes en la migración*. México, El Colegio de Sonora.
- VALDÉS, Teresa; OLAVARRÍA, José (1997) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago, Ediciones de las Mujeres, Isis Internacional.
- VEGA BRIONES, Germán (2009) "Masculinidad y migración internacional: una perspectiva de género". *Aldea Mundo*. 14 (28): 53-64.